

# LA MÁSCARA DE APOLO

MARY RENAULT

# LA MÁSCARA DE APOLO

Traducción de Hernán Sabaté



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Mask of Apollo*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: octubre de 2024

© Mary Renault, 1966  
© de la traducción: Hernán Sabaté, 1990  
© de la presente edición: Edhasa, 1990, 2024  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6143-8

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 13397-2024

Impreso en España

δαχρνα μεν Έχαβη τε και Έλιαδεσσι γυναιξι  
Μοιραι επεχβωσλυ δη τοτε γεινομεναιζ,  
σοι δε, Διων, ρεξαντι χαλων επινιχιον εργων  
δαιμοσπεζ ευρειαζ εξεχεαν.  
χεισαι δ' ευρυχ'ρω εν πατριδι τιμοζ αστοιζ,  
ωεμον εχμηναζ θνμον ερωτι Διων.

Hubo lágrimas por Hécuba, amigo, y por las mujeres de Ilión, prendidas en la oscura telaraña el día de su nacimiento, pero por tí nuestras esperanzas eran grandes, y grande el triunfo, suprimidos ambos por los dioses al borde de la gloria. Ahora yaces en tu propia tierra, ahora todos los hombres te honran...

¡Pero yo te amé, oh, Dión!

PLATÓN

## CAPÍTULO I

No son muchos en Atenas los que recuerdan hoy a Lamprías, pero en el Peloponeso todavía se habla de su compañía. Si preguntáis en Corinto o en Epidauro, nadie os dirá nada de él; en cambio, bajad a la Argólida y allí os comentarán elogiosamente su Heracles Furioso, o su Agamenón, como si los hubiese interpretado ayer mismo. Ignoro quién trabaja ahora su circuito.

En cualquier caso, Lamprías se hallaba en Atenas cuando murió mi padre. Le debía a éste más dinero que a nadie, pero, como de costumbre, estaba casi en la ruina y trataba de organizar una gira casi sin medios. Por ello, se ofreció a llevarme como extra; era lo máximo que podía hacer.

Como todo el mundo sabe, supongo, mi padre Artemidoro fue actor antes que yo. El servicio de Dioniso corre por nuestra sangre. De hecho, podría decirse de mi padre que fue un sacrificio al dios, pues murió de un enfriamiento que pilló allí, en Atenas, mientras representaba papeles secundarios en *Las bacantes*, de Eurípides, que era el clásico repuesto aquel año. Fue uno de esos días radiantes de primavera que se dan por las Dionisias, calurosos al sol pero acompañados de un viento cortante. Mi padre salió primero como Rey Penteo, vistiendo un traje de tela roja con grandes mangas y profusión de bordados; también llevaba un poco de relleno en el pecho y en los hombros, pues, como yo, era un hombre delgado. No entiendo qué le llevó a ponerse, debajo de todo ello, el disfraz de ménade de la Reina

Agavé. Hay tiempo más que suficiente después del mutis de Penteo, pero mi padre siempre se enorgullecía de su rapidez para cambiarse. Como es lógico, se puso a sudar y, cuando se produjo el cambio de máscaras y salió de nuevo a escena con aquella túnica fina y mojada, el sol se ocultaba ya y el frío le entró hasta los huesos. Nadie lo hubiera dicho. Yo también estaba en escena, en el papel de una ménade, y me pareció que se lucía. Mi padre era famoso por sus papeles femeninos, en especial las locas, como Agavé y Cassandra, o las lacrimógenas como Niobe.

Ese día, la fortuna no estuvo de su lado, pues el primer actor, que había representado al dios, se llevó el premio de interpretación y ofreció una fiesta. Mi padre no quiso marcharse temprano para que no se malinterpretara su ausencia, de modo que se quedó hasta pasada la medianoche, bebiendo. El frío le entró en el pecho acompañado de fiebres altas y, a la tercera noche, falleció.

Aunque para entonces tenía yo diecinueve años, era la primera muerte que se producía en nuestra casa desde mi nacimiento. Me sentí medio aturdido y confuso con el alboroto de los rituales; la casa estaba manga por hombro, mi padre en el féretro con los pies hacia la puerta, mi madre, mi abuela y mis hermanas extendiendo el brazo sobre el cuerpo entre sollozos, el pequeño salón lleno de vecinos y actores entrando y saliendo a empujones para presentar sus respetos y colgar de la puerta sus mechones de cabello con cintas negras. Aún puedo sentir los tirones en el cuero cabelludo cuando, a solas en un rincón oscuro, procedí a cortarme los míos con las tijeras de mi madre. Yo llevaba el pelo corto, como todos los actores, y, al tenerlo rubio y muy fino, parecía quedar en nada por mucho que apurase. Me di tirones hasta hacerme daño, hasta que me saltaron las lágrimas de dolor, de pena y de miedo de no tener suficiente para presentarme en el círculo mortuario.

De vez en cuando, los llantos se interrumpían para que un nuevo visitante recitara sus versos. Los vecinos se marcharon pronto –los extraños a la farándula no saben qué decir de un actor–, pero sus colegas artistas se quedaron, pues mi padre fue siempre un hombre apreciado. Y no dejé de oírles repetir lo buen compañero que era en el trabajo y lo dispuesto que estaba siempre para ayudar a un amigo. («Mi madre», pensé, «hubiera preferido la noticia de que había guardado algunos ahorros»). Jamás se agotaba, decían; era capaz de ejecutar cualquier papel. Y me contaron algunas anécdotas que me causaron asombro, pues aún no tenía idea de que en una gira puede suceder cualquier cosa. «Qué gran talento tenía el pobre Artemidoro», decían. Y qué lástima que no lo hubieran tenido en cuenta en las Leneas; nadie recuerda una Polixena interpretada con más sentimiento, pero ese año quiso la suerte que hubiera malos jueces.

Dejé las tijeras y corrí adentro, con el cabello trasquilado como el de un felón y los mechones guardados en la toalla. Como si alguien fuera a reprobarme mis lágrimas, me escondí como un perro herido, sollozando y sofocando mi llanto tumbado en el lecho. Pero no era de los asistentes al duelo de quienes me ocultaba, sino de mi padre, tendido en el féretro y silencioso como un extra, con su rostro muerto por máscara, esperando para hacer el mutis.

No estoy seguro de cuándo descubrí que yo tenía más talento que él. Un par de años antes..., no, tres; había cumplido los dieciséis cuando lo vi como el joven Aquiles en *El sacrificio de Áulide* y dudo que ya entonces fuera una novedad para mí. Siempre se movió bien y sus manos podían expresarlo todo. Nunca oí más encanto en su voz. Hizo de Aquiles un muchacho lleno de encanto, animoso, sincero y con una arrogancia demasiado juvenil para resultar ofensiva. Los espectadores se lo habrían comido; casi no prestaron atención a su Agamenón, esperando a que volviera de

nuevo a escena como Aquiles. Sí, pero la sombra de toda esa oscuridad, de esa negra pesadumbre junto a la costa, del terrible grito de guerra cuya rabia y cuyo dolor había asustado a todos los caballos, estaba ya muy próxima y su madre diosa lo sabía. ¡Ah!, había que percibir aquella presencia. Cuando el dios hablaba de su honor desairado, se me erizó el cabello y un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Y escuché la voz de otro actor, sin apenas reconocer aún de quién se trataba.

Si mi padre hubiera sido un hombre presumido, celoso o difícil como compañero de trabajo, yo debería haber aprendido a justificarme. Pero él tenía todo lo que precisa un artista, salvo la chispa del dios. Nadie sabía mejor que yo cómo era entre bambalinas, pues me llevaba a su lado casi desde el día en que pude tenerme en pie.

A los tres años, fui el hijo menor de Medea, aunque no guardo ningún recuerdo de ello; supongo que ni me enteré de que estaba en un escenario. Tiempo después, mi padre me contó que había traído a casa la máscara de Medea antes de la representación, por si me asustaba, pero lo único que había hecho fue meterle los dedos en la boca. Cuesta mucho que los hijos de los actores se tomen en serio las máscaras, incluso las más horribles, pues las ven demasiado pronto y demasiado de cerca. Mi madre solía contarme que, cuando yo sólo tenía dos semanas, me metió dentro de una vieja Gorgona para protegerme de las corrientes de aire y me encontró chupando las serpientes.

En cambio, recuerdo muy bien haber hecho de Astianacte en su Andrómaca. Para entonces debía de tener ya seis años, porque Astianacte tiene que actuar. La obra era *Las troyanas*, de Eurípides. Mi padre me contó la trama y me prometió que no me arrojarían de verdad desde las murallas, por mucho que dijeran que lo harían. Él y yo siempre representábamos esas escenas como un juego antes de ir a dormir, con mímica o con nuestras propias palabras. Lo

quería con locura y, durante años, luché por seguir considerándolo grande.

«No mires al Heraldito –me dijo en el ensayo–. Se supone que no sabes qué significa, aunque cualquier niño lo sabría. Déjate guiar por mí».

Luego me mandó a las gradas, para que viera las máscaras como las veían los espectadores. Desde lo alto, encima de los asientos de honor, me sorprendió comprobar lo humanas que parecían, y lo tristes. Mientras estaba allí arriba, él representó su papel de Casandra, furiosa con los dioses, llevando dos antorchas. Yo me conocía el parlamento de memoria, de oírlo ensayar. Todo el mundo está de acuerdo en que fue su mejor papel. Después, se cambió de máscara para interpretar a Andrómaca. Ésta es la obra en que sacan a Andrómaca de la ciudad saqueada en un carro lleno de botín, con el niño en los brazos, como dos piezas más del expolio. Una maravillosa escena teatral. Nunca falla.

Para entonces, yo todavía era lo bastante pequeño como para estar acostumbrado a ir en brazos de mujeres y me resultaba extraño notar, bajo los pliegues de la túnica a la que me agarraba, el pecho duro de un hombre que contenía el aliento y lo acomodaba a las frases, mientras la caja torácica le vibraba como la caja de una lira. Pensándolo bien, supongo que la mayoría de los hijos se morirían de vergüenza si escucharan a su padre llorar y lamentarse con la voz de una mujer. Sin embargo, como él nunca olvidaba sus ejercicios, debí de empezar a oírle practicar sus papeles desde el mismo día en que nací: ancianos, jóvenes, reinas y tiranos de voz resonante, héroes, doncellas y reyes. Para mí, tener siete voces era cosa de hombres; sólo las mujeres se las arreglaban con una sola.

Cuando llegó el día, seguía enfadado porque no había una máscara para mí, aunque me habían explicado una y mil veces que los niños no las utilizan. «No te importe –me dijo mi padre–, ya llegará el momento». Tras esto, se colocó

su máscara y el rostro sonriente se convirtió en otro solemne. Estaba en el prólogo en el papel de Atenea.

Fuera del *parodos* esperaba el carro, tirado por cuatro bueyes con el dorado botín de Troya. Por fin, aparecieron el traspunte y mi padre con la máscara pálida de la viuda de cabellos rapados. Montó en el carro y alguien me izó tras él; me instaló en su regazo y los bueyes se pusieron en marcha.

Al otro lado de la alta entrada se encontraba la amplia curva del teatro. Yo estaba habituado a las filas de asientos vacías. Esta vez, llena de rostros, la gradería me pareció enorme y desconocida, susurrante y peligrosa como el mar. La voz de mi padre me cuchicheó: «No mires al público. Eres sagrado para los extraños. Ahora, piensa en cómo hicieron pedazos a tu pobre abuelo. Apóyate en mí».

No es así como yo dirigiría a Astianacte, el hijo de Héctor; a mí me gusta hacerle despierto y osado, ignorante del mal hasta que éste se presenta. Sin embargo, mi padre también conocía su oficio. Hasta los hombres suspiraban cuando los dos nos adelantamos hasta la *orkhēstra*, y pude escuchar los murmullos y gemidos de las mujeres, flotando sobre aquel sonido grave del bajo. De pronto, cobré conciencia de la situación. Mi padre y yo, sin más ayuda, estábamos haciendo aquello a más de quince mil personas. Podíamos llevarlas a todas ellas a Troya con nosotros; podíamos hacer que nos vieran exactamente como nosotros quisiéramos. Aún hoy recuerdo el sabor de aquel primer sorbo de poder.

Luego, noté la voluntad de la audiencia extendiéndose hacia mí. Era como la caricia del amante que dice: «Sé lo que yo deseo». Todo poder tiene su precio. Me así a Andrómaca, mi madre, y me apoyé en su pecho; pero las manos a las que respondí eran las de Artemidoro, el actor. Y, mientras esas manos me moldeaban como si fuese de cera y nos esculpían a ambos en una sola figura, supe que aquel amante de múltiples cabezas lo había alcanzado también a él; lo percibí a través de nuestras pieles. Pero lo supe inocente.

Mi padre no se vendía, sino que se entregaba gratuitamente, amor por amor.

Entró el Heraldo con la noticia de que yo debía morir. Recuerdo que, supuestamente, yo no debía prestarle atención. Sin embargo, me pareció que debía mostrarme apenado ante el dolor de mi madre, de modo que extendí la mano para tocar el cabello muerto de la máscara. Al hacerlo, oí alzarse una oleada de suspiros y sollozos procedentes de la gradería de las hetairas; esas mujeres prefieren una buena llorera a una cesta de higos maduros. Aunque por entonces faltaban algunos años para que yo aprendiera a buscar su compañía.

Cuando el Heraldo se me llevó para darme muerte, pensé que todo el mundo estaría entre bambalinas para darme la enhorabuena, pero sólo se me acercó apresuradamente el ayudante del maestro de vestuario para desnudarme y pintarme las heridas ensangrentadas. Mi padre, que había hecho mutis poco después de mí, vino corriendo donde me tenían tendido, me dio unas palmaditas en el vientre y me dijo: «¡Buen chico!». Luego se fue; el cambio de Andrómaca a Helena, con todas las joyas y demás, debe hacerse deprisa. El vestido de Helena siempre es espléndido, pensado para que destaque entre los demás cautivos. La máscara estaba pintada con la mayor delicadeza y lucía una cabellera entretejida de hilos de oro. Cuando volvió a escena, escuché su nueva voz, suave y seductora, dando la réplica a un furioso Menelao.

Poco después llegó mi turno de ser presentado, ya muerto. Me tendieron sobre el escudo y un par de extras lo alzaron del suelo. El día era cálido pero la brisa me cosquilleaba la piel, y me concentré en mantenerme relajado como me habían dicho. El coro anunció la terrible noticia a mi abuela, Hécuba; allí tendido con los ojos cerrados mientras el Heraldo pronunciaba un largo parlamento acerca de mi muerte, rogué a Dioniso que no se me escapara un estornudo. Hubo luego una pausa que, como no podía ver nada,

me pareció eterna. Todo el teatro había quedado en absoluto silencio, conteniendo la respiración. Entonces, una voz grave y terrible dijo, justo a mi lado:

Dejad en el suelo el escudo redondo de Héctor.

Yo había ensayado mucho aquella escena, pero no con Hécula. No tenía que hacer nada, salvo estar quieto; y aquél era Croisos, el primer actor. Por esa época, Croisos se hallaba en la cúspide de su poder y, como era de esperar, no se dedicaba a ensayar con niños. Yo había visto la máscara, eso era todo.

Por supuesto, ya lo había oído lamentándose con Andrómaca; pero ésa era su escena. Y yo tenía que ocuparme de mi papel. La voz, ahora, parecía atravesarme y hacía que un escalofrío me recorriera el espinazo. Me olvidé de que era por mí por quien lloraban. En realidad, era más que por mí.

No había allí dulzura, sino un viejo orgullo reducido a desesperación, aún no habituado a ella, una desconocida errante. En el fondo del pozo se abre un nuevo pozo, y aun así la mente continúa sintiendo. Unas manos frías me tocaron la cabeza. Las gradas estaban tan silenciosas sobre nosotros que reconocí claramente el murmullo de una tórtola entre los pinos del exterior.

Creo recordar que aún no había cumplido los siete años, aunque, sin duda, habré mezclado y confundido con mis recuerdos otros fragmentos de narraciones posteriores de todo tipo, a cargo de Teodoro, Filemón o Tétalo, o incluso de mi propia cosecha. En todo caso, he soñado con ello durante años, y es de esos sueños de donde surge el recuerdo de ciertos detalles vislumbrados con los ojos entreabiertos, como los bordados de su túnica, que tenía una orla de cuñas y rosas. Cuando pienso en esos sueños, todo vuelve a mi recuerdo. ¿Eran por Troya mis lamentos, o por la condición mortal del hombre? ¿O eran por mi padre, en aquella inmovilidad que era como una corona de triunfo

en las sienes de Croisos? Lo único que recuerdo con certeza es un nudo en la garganta y el horror que se adueñó de mí cuando supe que iba a llorar.

Los ojos me ardían. A la pena que ya sentía se sumó el terror. Iba a estropear la obra. El patrocinador perdería el premio, y Croisos, la corona; mi padre no conseguiría nunca más otro papel y pronto estaríamos por las calles mendigando nuestro pan. Y, al terminar la obra, tendría que enfrentarse a una terrible Hécuba sin máscara. Las lágrimas escaparon de mis párpados cerrados; la nariz me goteaba. Deseé morirme allí mismo, deseé que la tierra se abriera o se incendiara el escenario, con tal de no emitir un sollozo.

Las manos que habían recorrido las heridas pintadas en mi cuerpo me alzaron con suavidad. Me hallaba en los brazos de Hécuba; muy cerca de mí, la máscara llena de arrugas con la boca torcida hacia abajo. La flauta, que había estado gimiendo suavemente durante el parlamento, elevó su sonido siguiendo una indicación. Bajo sus notas, la Reina Hécuba me susurró al oído: «¡Quédate quieto, pequeño imbécil! ¡Estás muerto!».

Al momento me sentí mejor. Volví a recordar todo lo que había ensayado. Teníamos trabajo que hacer. Cuando sus manos me soltaron, me dejé caer totalmente laxo; entonces, mientras me limpiaba la sangre y me envolvía en el sudario, procedió a sonarme la nariz. La escena continuó hasta el final.

En vano

hacemos sacrificios. Y, con todo, si la mano del propio Dios no hubiera estrujado y aplastado esta ciudad contra el

[suelo,

todos habríamos desaparecido en la oscuridad y no

[habríamos sido

tema para la música y las canciones de los hombres que

[vendrán.

Mientras los extras me sacaban de escena con mi mortaja regia, pensé con sorpresa: «¡Somos nosotros esos hombres que habían de venir!». Además de todo aquello, yo había tenido una responsabilidad para con Astianacte, cuya sombra me había observado desde el inframundo con la esperanza de que no lo dejara en mal lugar. ¡Qué cargas había soportado! Me sentí como si hubiera envejecido una vida entera. Mi padre, que había presenciado toda la escena desde detrás del puesto del apuntador, acudió corriendo mientras me levantaban del escudo y me preguntó qué me había sucedido. Si hubiera sido mi madre, estoy seguro de que habría roto en sollozos, pero me apresuré a responder:

–Papá, no he hecho ningún ruido.

Croisos salió poco después, quitándose la máscara. Era un hombre delgado, todo perfil; como el dios de una moneda, pero calvo. Cuando se volvió hacia nosotros, me escondí tras las faldas de mi padre, pero el otro se acercó hasta agarrarme por el cabello. Salí encogido y temeroso; una visión desagradable, como podéis suponer, todo manchado de pintura encarnada y lleno de mocos. Él sonrió mostrando unos grandes dientes amarillos. Comprobé, con sorpresa, que no estaba enfadado.

–¡Por el dios que he pensado que estábamos acabados! –exclamó con una mueca que me recordó una máscara de esclavo en una comedia–. Artemidoro, este muchacho tiene sentimiento, pero también sabe qué se lleva entre manos. ¿Cómo se llama?

–Niko –respondí.

–Nicérato –dijo mi padre. Rara vez le había oído emplear mi nombre entero y me sentí cambiado por ello, de algún modo.

–Un buen presagio –comentó Croisos–. En fin, ¿quién sabe?

Mientras las mujeres gemían sobre el féretro, mi mente evocó una decena de parecidas escenas de mi infancia. Mi

padre siempre me colaba como extra cuando había ocasión. Fuera, se produjo un intervalo de silencio. Fantías, el artista de las máscaras, había acudido a presentar sus condolencias con una urna funeraria pintada ex profeso, en la que se veían dos máscaras y a Aquiles velando junto a la tumba. Las mujeres, que ya estaban fatigadas, se dedicaron a hablar un rato. Yo era el amo de la casa y me correspondía salir a recibirlo. Oí su voz recordando a mi padre en Polixena y di otra vuelta en el lecho, mordiendo la almohada. Lloré porque el dios al que ambos servíamos me había hecho escoger y mi corazón lo había abandonado por el dios. Aunque me había enfrentado al dios por él. «Vaya un lleno hoy –le diría–. Deben de haber oído los aplausos hasta en el Cerámico. Este detalle de la urna podría derretir una piedra. ¿Sabes que he visto llorar al general Ifícrates?». Siempre había algo que uno podía decir, y algo sincero. Pero esas grandes cosas que espera cualquier artista..., ésas, el cruel dios las sofocaba en mi boca y las forzaba a volver garganta abajo. Él las echaba en falta. Sé que él las echaba en falta; lo leí a veces en sus ojos. ¿Por qué no pronunciarlas, y dejar que el dios se las arreglara como pudiera? Los dioses tienen tanto y los hombres tan poco... Además, los dioses viven eternamente.

No podía quedarme allí como un niño. Me levanté, me sequé la cara, saludé a Fantías, acabé de cortarme el pelo para el círculo mortuorio y acudí a la puerta para recibir a la gente. Allí estaba cuando llegó Lamprías.

Cuando formuló su ofrecimiento, mi madre, sin preguntarme qué opinaba, le dio las gracias con lágrimas en los ojos. Lamprías carraspeó y me dirigió una mirada de disculpa, consciente de lo que yo sabía. Sus grandes cejas negras se movieron arriba y abajo, y sus ojos se volvieron luego hacia mi padre. También yo, al aceptar, casi esperé verlo levantarse del féretro y decirme: «¿Estás loco, muchacho?». Pero no dijo nada; ¿qué hubiera podido decir, en realidad? Supe que debía aceptar. No encontraría nada me-

por. A los diecinueve, uno no sirve en el teatro para otra cosa que el trabajo de extra. Para entrar en una compañía, incluso como tercer actor, se debe tener el repertorio para interpretar no sólo jóvenes o mujeres, sino también guerreros, tiranos y ancianos. Ningún muchacho de esta edad puede hacer tales papeles; en cambio, un buen actor que haya mantenido la voz entrenada y el cuerpo en buena forma puede llevar máscaras juveniles hasta los cincuenta, y dominar también los demás papeles.

Mientras vivió mi padre, siempre tuve trabajo cantando en los coros, portando una espada o haciendo sustituciones mudas, cuando se superponen dos papeles interpretados por el mismo actor y se necesita que un extra lleve la máscara y la indumentaria de uno de ellos. Últimamente, incluso había tenido alguna que otra frase en obras modernas donde no se respeta de modo tan estricto la regla de los tres y, de vez en cuando, habla un extra. Aunque no sabía apenas nada más, conocía el teatro y no era tan estúpido como para pensar que seguirían tocándome tales papeles. Cualquier actor lo bastante bueno como para aparecer en Atenas tiene siempre un hijo, un sobrino o un amante preparándose para el escenario. En adelante, yo sería como el pequeño huérfano de la *Iliada*, que no tenía derecho ni a las migajas de la mesa. «¡Fuera! –le dicen los otros chicos–. ¡Tu padre no come en esta mesa!».

Calculé que necesitaría tres años de esfuerzos, como mínimo, para conseguir algún papel en una buena producción, y que mi madre no podría mantenerme ocioso más de un trimestre, pues mi padre nos había dejado sumidos en la pobreza; mi madre tendría que vender lo que tejiera y mi hermana debería ganarse la dote para no verse obligada a casarse con alguien inferior. Era preciso que encontrara una ocupación en el único oficio que conocía.

A Lamprías le gustó que accediera enseguida y que no dijera nada que lo pusiera en un apuro. El actor iba a

conseguir algo a cambio del dinero que debía, cuando lo único que necesitábamos nosotros eran monedas contantes y sonantes.

–Buen chico, buen chico –me dijo, dándome unas palmaditas en la espalda–. Una decisión propia de un auténtico profesional, y digna de tu padre. El repertorio ya llegará, eso lo sabemos todos; mientras tanto, partes con ventaja respecto a la mayoría de meritorios. Has vivido entre bambalinas desde que echaste a andar y sabes hacer un poco de todo, desde tocar la lira hasta mover la grúa. Una gira como ésta terminará de formarte. Ningún artista se conoce a sí mismo hasta que ha hecho una gira.

No le conté que ya había estado de gira con mi padre el año anterior, actuando en Samos y en Mileto como extra en una compañía de primera categoría, con un camarote a popa y compartiendo las comidas con el capitán. De nada me serviría darme ínfulas y mostrarme descontento. Las cosas podrían haber sido mucho peores. Los muchachos en mi situación tenían que escoger, habitualmente, entre conceder sus favores a algún actor a cambio de trabajo o caer en lo más bajo, en esos escenarios improvisados de los pueblos donde, si la obra no gustaba, uno podía hacer la cena con las frutas y las verduras que arrojaban los espectadores. Al menos, la compañía de Lamprías actuaba en teatros, aunque sólo en los pequeños.

A la puesta de sol, enterraron a mi padre. Hubo una numerosa concurrencia al acto, como a él le habría gustado. Estuvo presente el propio Filotimo, que contó un embrollo del que lo había sacado mi padre cuando él era joven y fogoso. Una vez terminada la ceremonia, volvimos a casa, encendimos las lámparas, arreglamos la estancia y dejamos vagar la mirada a nuestro alrededor como hace la gente cuando no quiere pensar en lo que se le avecina.

Iba a marcharme en el plazo de un mes. Salí a dar una vuelta y todo me pareció extraño. Mi deambular me llevó

ante la puerta de una vieja hetaira con la que había pasado una noche, cuando tenía diecisiete años, porque estaba avergonzado de no haber estado nunca con una mujer. La oí dentro de casa, tarareando con su lira. La hetaira siempre había sido cariñosa con los muchachos. Pero le debía un poco más de respeto a mi padre y, en realidad, lo único que deseaba era un poco de amor materno. Mi primer amor de verdad aún estaba fresco en mi corazón, aunque ya habían transcurrido tres años desde entonces. Un actor de Siracusa había venido a pasar un mes de visita, y se había quedado otro por amor a mí. Nuestra despedida había sido muy bella, con citas de *Los mirmidones*; un año después me había escrito desde Rodas.

Antes de empezar los ensayos, me pidieron que fuera a tomar unos tragos a casa de Lamprías para conocer a la compañía. Mi familia vivía en el Pireo, cerca del teatro, y él tenía sus aposentos en la zona de los muelles. Me encaminé hacia allí con paso nervioso, salvando las redes de pesca y rodeando los barriles y balas de carga.

«Lo peor de una gira de tercera categoría –solía decir mi padre– es el segundo actor. Es el fracasado y, por regla general, se lo hace pagar a todos los demás».

Esta vez se equivocaba. El viejo Demócades había probado la miel del triunfo y había conservado su dulzura. En más de una ocasión había lucido la corona de hiedra del vencedor, aunque había terminado por servir a Dioniso demasiadas veces con una corona de parra. Cuando llegué, Demócades ya estaba bastante ebrio y, al final, lo ayudé a volver a su casa para evitar que cayera a las aguas del puerto. Las copas lo habían puesto más alegre que Papisileno, y así siguió hasta que lo condujimos al lecho; entonces me tomó de la mano, lloró un poco y citó: «¡Oh, rostro joven y rubio, el dolor y la muerte pasan por tu lado!», en una voz que aún mostraba cierta belleza entre la bruma. A nuestro regreso, Lamprías carraspeó, se refirió a los triunfos del vie-

jo actor y me dio a conocer que, además de mis otros deberes, debería compartir la tarea común de mantenerlo sobrio hasta que saliera a escena.

Meidias, el tercer actor, ya se había marchado a su casa, enojado –no os lo creeréis– porque había sido yo, y no él, quien había recibido los cumplidos de un viejo borracho que no era capaz ni de andar en línea recta. Mi padre había acertado a medias: éste era el fracasado. Con apenas veintiséis años, Meidias ya había visto frustradas todas sus esperanzas. Algún dios burlón le había concedido un rostro agraciado, la única belleza de la que puede prescindir un actor; esa hermosura le había proporcionado ciertos éxitos fuera del escenario, a los que debía sus inicios en el teatro y que le habían llevado a pensar que tenía el mundo a sus pies. Ahora estaba aprendiendo que los pies sólo sirven para sostenerse, pero no quería reconocerlo. Apenas habíamos llenado las primeras copas, cuando empezó a hablarme de los espléndidos papeles que le habrían ofrecido si hubiera accedido a vender su honor. Usaba los grandes nombres con la misma displicencia con que una vieja dama muestra sus joyas a unas jovencitas. Aunque de aspecto aniñado para mi edad, yo sabía suficiente de la vida para suponer que Meidias se había sometido a todo lo que su honor podía soportar antes de firmar con Lamprías. Y me temo que él lo advirtió en mi mirada.

Al día siguiente, iniciamos los ensayos. Teníamos un repertorio de dos o tres obras modernas, sin coro, y un par de clásicos por si algún patrocinador nos contrataba para un festival.

Por supuesto, no actuaríamos en Corinto. Los corintios saben lo que quieren y arrojan cosas a escena si no se lo das. Estrenaríamos en Eleusis y luego seguiríamos por Megara y el sur, dando la vuelta a la Argólida. Cuando Lamprías insistió, como hacía todos los días por nuestro bien, sobre la espléndida experiencia que significaría para mí, a

lo que se refería era a que, desde el primero al último día, apenas veríamos un asomo de utillaje moderno ni, probablemente, a ningún patrocinador. Tendríamos que acarrear nuestros propios vestidos, máscaras y utilería (material adquirido de segunda mano al final de las Dionisias, una vez que las compañías más ricas habían hecho su selección), preparar la *skēnhē* con lo que encontráramos al llegar y hacer todos los arreglos improvisados que fueran precisos. Aunque pensé que nunca llegaría a decir tal cosa, uno puede tener principios peores.

Fue una lástima que, en la última semana de ensayos, tuviera que pegarme con Meidias. Aunque la había tomado conmigo desde el principio, yo había tratado de llevarme bien con él para mantener la paz, pero ese día se creyó con derecho a citar un comentario de uno de sus amigos, lleno de rabiosa envidia, sobre mi padre. Meidias era más corpulento que yo pero no se había preocupado, como me había obligado a hacer mi padre, de acudir a un buen gimnasio donde aprender a moverse y a permanecer erguido. Y donde uno también aprende algunas llaves de lucha. Habíamos estado ensayando en el teatro del Pireo y estábamos subiendo los peldaños entre las gradas cuando le lancé el puño y le di una patada en la rodilla, de modo que no tuvo una caída blanda precisamente y rodó un buen trecho escalones abajo. Unos chiquillos que se habían colgado como gorriónes en la parte superior del teatro para vernos actuar mostraron su alegría ante aquel espectáculo gratuito y jalearon la escena. Por fortuna, Meidias no se rompió los huesos y su cara no le importaba a nadie, de modo que Lamprías no dijo nada. Yo comprendí que habría de pagar por lo que había hecho, pero eso no tenía remedio. Poco imaginaba, sin embargo, hasta qué punto afectaría mi vida la sombra de aquel incidente.

Llegó el día de la partida. Mi madre me despidió al amanecer, a la luz de las lámparas. Derramó unas cuantas

lágrimas y me advirtió contra unas tentaciones que no especificó, intuyendo, sin duda, que yo podía darle lecciones al respecto. La besé, me eché el hato al hombro y me alejé silbando por las calles en penumbra, donde los pájaros medio dormidos me contestaron. Los gritos de los pescadores nocturnos al cobrar sus capturas sonaban a lo lejos sobre las aguas grises. En el lugar de reunión observé que Lamprías, para mostrar que éramos una compañía de importancia, había contratado a un criado para ocuparse del carro del equipaje, de los asnos y de las mulas. La noticia me levantó el ánimo, pues había pensado que también tendría que encargarme de esas tareas.

Aquél era un año arriesgado para una gira, me comentó mientras emprendíamos la marcha. Lo era, en efecto; como la mayoría de los años. Últimamente, los tebanos habían asombrado al mundo arrojando a los espartanos primero de su ciudadela y, más tarde, de su ciudad. Los habían expulsado de Boecia; nosotros, los atenienses, los habíamos derrotado en el mar y, por toda la Hélade, los hombres se erguían y respiraban aliviados. Sin embargo, con todo esto, los grupos de soldados no dejaban de ir y venir por el istmo y Lamprías declaró que se alegraría cuando lo hubiera dejado atrás. Megara, sin duda, estaría en calma; sus gentes saben meterse en sus propios asuntos. En cambio, en el Peloponeso, las ciudades bullían como calderos de levadura, derribando las decarquías que los espartanos habían establecido. Podíamos encontrarnos con cualquier cosa.

La gente habla siempre de la vida libre de los actores, capaces de cruzar fronteras e ir a cualquier parte. Y tiene razón, si se refiere a que las tropas mercenarias no tienen nada contra nosotros y que los demás respetan los edictos sagrados. Es bastante probable que el actor llegue a su destino y pueda contar allí con techo y comida proporcionados por el corego, siempre que tal patrocinador esté con vida y

no se haya exiliado de la noche a la mañana. Sin embargo, para una compañía que viaja por su cuenta, llegar resulta bastante difícil cuando los hombres se han escapado a las montañas, las mujeres están encerradas en sus casas, y un escuadrón de caballería ha atado sus monturas en la *orkhēstra* y está haciendo astillas las tablas del escenario para el fuego de la comida.

No obstante, la mañana era espléndida y el estrecho de Salamina brillaba contra la isla púrpura; recordando a mi Esquilo, poblé las aguas de remos crujientes y proas cortantes y de galeras con espolón que arrojaban al mar a los persas de turbantes dorados. Eleusis quedaba justo delante; allí actuaríamos al día siguiente, tras dedicar la primera jornada a preparar la *skēnhē*. Montado en el asno, dejé que el carro se interpusiera entre Meidias y yo siempre que era posible. Lamprías abría la marcha a lomos de la mula. Demócades prefirió empezar el día en el carro, donde podía continuar durmiendo entre los fardos y cuidar la resaca. Lo observé con esperanza, pensando en preguntarle si había conocido a Eurípides alguna vez. Así de viejo parecía.

No hay nada que merezca la pena contar sobre la primera parte de la gira. Cien artistas podrían explicar lo mismo que yo. Me tocó la cama más dura y la paja más vieja en la posada, hacer recados para todos, coser el vestuario, poner cordones en las botas, peinar los cabellos y las barbas de las máscaras y salpicarme de pintura cuando alguna vieja *skēnhē* necesitaba una nueva mano. Nada de ello me importaba, salvo cuando Meidias le decía a alguien que para eso me habían contratado.

Él era mi causa de irritación: él, y no las pulgas de la paja, el trabajo duro o cuidar a Demócades. El viejo borrachín me caía bien incluso cuando me volvía loco y pronto aprendí a manejarlo. En su juventud, según me hizo saber, había sido un gran amante; hacía bastante tiempo, creo, que no se prendaba de un joven en la confianza de que éste

no se burlaría de él. Incluso en su decadencia, jamás resultaba desagradable, ni siquiera bebiendo. Era más bien como un viejo bailarín que, al escuchar una flauta, ejecutara sus pasos donde los vecinos no lo ven. El respeto por sí mismo lo mantenía a raya cuando estaba sobrio; y después de la obra, cuando empezaba a beber, no tenía tiempo para asuntos menores. El resumen de todo ello fue que me enseñó muchas cosas que me han sido de utilidad desde entonces, y me recitó algunos hermosos epigramas compuestos por Agatón y Sófocles para los jóvenes que cortejaban, cambiando sus nombres por el mío allí donde cabía.

Sólo por las mañanas, antes de la obra, me producía verdaderos problemas. A esas horas, se escabullía a tomar un traguito para entrar en calor y, si no me andaba con cuidado, seguía bebiendo hasta terminar la jarra. Mi estratagema era correr a la taberna a buscarle el vino, rebajarlo con agua por el camino y mantenerlo hablando para hacerle espaciar los tragos. Con un poco de suerte, lo tenía vestido a tiempo para terminar mis tareas.

—Llevas el teatro en los huesos —solía decirme—. Tienes el rostro abierto, no como ese patán de Meidias, que está enamorado de la máscara que le tocó al nacer y pronto no tendrá ni eso, pues su fatuo engreimiento ya empieza a dejar marcas en ella. El artista fluye en la máscara que le ofrece el poeta; sólo así lo poseerá el dios. Te he observado, querido, cuando tú no te veías. Lo sé.

Lo decía para consolarme. No había nadie más amable, cuando era capaz de sentarse tranquilamente y serlo. Nunca esperé de él que se mantuviera sobrio para librar mis batallas. Demócates rondaba los sesenta años y para mí era muy viejo, pero aún se movía como un hombre que conoce su porte distinguido y, tras una máscara, era sorprendente lo joven que podía parecer, en un día bueno. Yo no le llevaba ninguna queja de Meidias, que se burlaba del viejo y su querido en las tabernas, entre desconocidos.

Así transcurrieron las cosas hasta el día en que representamos el *Héctor*, de Filocles. La obra requiere vestuario de batalla de ambiente homérico, con las piernas desnudas hasta el muslo. Meidias tenía las piernas muy delgadas; tanto, que tenía que llevar rellenos en los muslos y aún seguía patizambo. En la obra, representaba a Paris.

Actuábamos en una pequeña población con mercado entre Corinto y Micenas. En tales lugares siempre sale el gracioso local que monta su escenita. Paris hizo mutis diciendo: «¿Qué me importa, mientras Helena comparta mi lecho?». Un hombre entre el público gritó entonces: «¡Qué delgada ha de estar, para caber entre esas rodillas!». El comentario detuvo la obra unos instantes, y lo peor aún estaba por llegar. Meidias hacía también el papel del Herald Griego, y a Paris, que debe estar presente para escuchar el desafío, lo interpretaba un extra. Detrás del escenario, Meidias me dio el peto con la faldilla y la máscara como si deseara que estuvieran empapados en veneno. Por supuesto, cuando aparecí, el gracioso lanzó una risotada y todo el teatro lo imitó.

Desde entonces, Paris apareció en *Héctor* con túnica larga, y se añadió al texto un verso acerca de su vestuario, inadecuado para la batalla. Y Meidias pasó de fastidiarme en los ratos libres a convertirse en un serio enemigo.

Dejemos a un lado la crónica diaria de sus artimañas. Sentaos en cualquier taberna cerca de un teatro y escucharéis a algún actor relatar la vieja historia como si fuera el primer hombre a quien se le ocurriera tal cosa; pero, al menos, el oyente está invitado a una copa. Pasaremos por alto, pues, la espina en la bota, la manga cosida, la cinta rota de la máscara y todo lo demás. Una mañana encontré un charco oscuro y pegajoso y una jarra de vino rota junto al asiento donde Demócares había estado tomando el aire. Era vino del bueno y supuse quién lo había enviado. Pero esta vez calculó mal. Demócares podía ser demasiado complaciente

consigo mismo, pero no hasta el punto de permitir que Meidias lo utilizara. Creo que en esa ocasión advirtió a Lamprías que habría problemas. Pero Lamprías no quería oír hablar de más problemas de los que ya tenía y sabía de Meidias todo lo que le importaba: en una palabra, que no había modo de contratar a otro en su lugar hasta que la gira terminara.

Teníamos un compromiso en Figalea, una pequeña población cerca de Olimpia. Era una fecha importante, porque nos había contratado la ciudad, que celebraba, en la festividad de su héroe fundador, su reciente liberación.

Figalea era una de las ciudades en las que los espartanos, después de su victoria sobre Atenas en la Gran Guerra, cedieron el poder a los oligarcas locales para que mantuvieran sujeto al pueblo. Como de costumbre, habían escogido su Consejo de los Diez entre lo peor de los viejos terratenientes, que habían sido exiliados por los demócratas y eran quienes más tenían que ganar sometiéndolos. Estos decarcas se habían cobrado diez veces sus viejas cuentas pendientes; actuando sin freno, se apropiaban de cualquier esposa joven y bonita o de cualquier joven agraciado que les apeteciera, o de las mejores tierras de cultivo. Si alguien se quejaba, los espartanos mandaban sus tropas y, cuando terminaban con el demandante, éste deseaba haberse quedado como estaba antes. Entonces se produjo el levantamiento de Tebas; Pelópidas y los demás patriotas habían demostrado allí al mundo que los espartanos estaban hechos del mismo material que los demás hombres. Y, mientras los Hijos de Hércules se rascaban la cabeza y corrían de un lado a otro para ver qué los atacaba, las ciudades sojuzgadas aprovecharon la oportunidad. Los habitantes de Figalea habían actuado con rapidez, pero se habían precipitado al lanzarse todos a la vez sobre el más odiado de los decarcas para despedazarlo, dando ocasión a que los demás escaparan a las montañas con sus partidarios.